



"Gracias a la vida, que me ha dado tanto...":

Cultivo una Violeta

Por Juan Rubén Valenzuela

Quiero tener una conversación, más allá de la muerte, con Violeta Parra. Los años que de ella me quedan, ahora que estoy en inevitables regiones cultivando clavos envejecidos, me traen en los arpegios del viento la tozante campesina de su voz y la letra estremecida de sus canciones. El encuentro, pensando de la televisión, universalizado y fraterno, consuma todos los hitos reventando sin su imagen la ternura distante de sus versos, sus décimas tan elocuentes. Alondras y rufiñones de multiplicadas plumas no llenan espacios en la casa con los lindos colores de aquella Violeta que no volverá a repetirse. ¡Just, cántica, acción...! ¡Justicia...! Ahora el videotape —el producto empaquetado— destaca los resplandores de bien engrasados intérpretes que explotan, en pro de sí mismos, aquella inimitable sencillez poética. Otros se fieren los aplaudidos, las ovaciones... y al mismo que la han ido dejando a la merced Violeta Parra.

DICEN QUE DICEN...

No resulta sencillo reencontrar los pasos de nuestra noble tolorista. Su vida transcurre como un torbellino de orgullo y desde entonces he ido aborreciendo sus canciones multicolores sus líricas en pedruzcos, recitadas y en conmovedora programación televisiva.

¿Culpo de modorra o exagerado hay en todo lo que se ha dicho de su persona? Su personalidad original hay que buscarla en las canciones de Chile, el mundo protestado de un país de la confusión de vida que dio origen al folclore. Su madre fue madre de muchos hijos, todos matados de una u otra forma en las preferencias del pueblo por sus dotes poéticas, musicales y de armonía. Violeta dejó raperos, plañideros y de paso, mostrando, a la que bulla dentro de su alma con incomprensible vitalidad. Ricardo Parra, el hijo mayor poeta, no tiene reparos en reconocer que Violeta, en sus canciones, contó en bichos de arrabieros. Después, ya recogida en las palmeras alas de la luna, se inspiró en las canciones de otros de mayor jerarquía.

Es indudable que Violeta amplió sus horizontes en Santiago. Tendencias intrínsecas la hicieron viajar en los Andes, Mapocho, Chacabuco y Estación, siempre cerca del pueblo y de sus espontáneas decimas. En varios folios dio a conocer todo lo que atravesó de la pausada existencia. Las esquilas, chinchales, faroles que no logran empujar los riegos de la noche, ocultas convulsiones donde la ternura amasa inquietudes junto a la violencia. Todo lo que vio y escuchó Violeta lo atravesó modificado, sin caer en la amargura ni en la renuncia. Su admirada canción de madre no quiso rendir alabes sino jocosidad, acción muy leal y corajuda que también parece guiar a su hermano Roberto Parra a través de sus cuencas chorras. Sin embargo, el que sabe ver más allá de las apariencias, sentirá fácilmente el vislumbre de una lágrima que surge por effort. ¡No se enteramente así escuchando: "Casamiento de negro"! Aparentemente no hay en la canción protesta racial, pero algo habla en su letra de un destino insalvable y negro.

EVOCANDO A VIOLETA

Anteojé errático me llevó a la Estación Central, a San Alfonso 175, el restaurante-cantina "Las Trancas". Allí, las pipas sirven de mesa y el dueño de Coelemu de relacionador público. Batiendo estaba de mi jartito cuando apareció un repaño de guitarra en mano y provocó el silencio en su entorno cantando "La Jartimera". Como por ensalmo, la imagen desmembrada de Violeta cobró nitidez y entonces me di cuenta de lo mucho que ignoraba de ella.

El año 1980 llegó entonces a mi memoria. Fue en la Quinta Normal, en un 18 de Septiembre irrevocable. Andando violenta de las faldas, iba haciendo mi recorrido. Entonces conquistó mi atención, entre la algarabía ruidante, una mujer maculada de selatura, tacciones inolíticas, pelo suelto, una guitarra reposada a su lado, y mientras tanto ella amasaba algo oscuro como el color de su piel, al parecer ajena a todo lo circundante. Algo extraño amasaba de su persona que inspiró respeto y curiosidad. Al verse rodeada de gente dejó la greda a medio moldear y con una gracia única se dirigió a los presen-

tes: "Bueno, enforques y caballerías, ¿cómo va un poquito de música?".

Así conocí por primera vez a Violeta Parra, sin presentación protocolar. Desde el primer rasguño conquistó a los oyentes de aquel improvisado coro.

Años después, ya impune su talento por sobre la chatura urbana, sape de su viaje a Europa, donde se hizo famosa por sus lapines y su producción musical. La mujer de piel morena se adjudicó por sus innatos méritos los favores volátiles de la celebridad. Todó para gobernantes, potentados e influyentes personajes, sin por ello negarle sus arpegios al bajo pueblo que supo comprenderla.

Así pasaron los años, entre zuegas y caídas, y cambios sorpresivos que todo lo transformaban. ¿En qué momentos compuso "Gracias a la Vida"? Aquella composición suya en ningún momento dejó entrever las tramas angustiosas que contribuyeron a destruir su existencia. Hasta que bajo esa capa hogareña de La Reina resonó aquel disparo con que puso fin a sus tormentos. A sus secretos y comprensibles razones.

La gracia sencilla y espontánea de Violeta.



Postura de inspiración y de escape.



Cultivo una Violeta [artículo] Juan Rubén Valenzuela.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valenzuela, Juan Rubén

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cultivo una Violeta [artículo] Juan Rubén Valenzuela. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile